

CAPÍTULO III

LA DIVISIÓN DEL TRABAJO SE HALLA LIMITADA POR LA EXTENSIÓN DEL MERCADO

La división del trabajo está limitada por la amplitud con que se practica el cambio.

Numerosas actividades no pueden ejercitarse sino en las ciudades.

Así como la facultad de cambiar motiva la división del trabajo, la amplitud de esta división se halla limitada por la extensión de aquella facultad o, dicho en otras palabras, por la extensión del mercado. Cuando éste es muy pequeño, nadie se anima a dedicarse por entero a una ocupación, por falta de capacidad para cambiar el sobrante del producto de su trabajo, en exceso del propio consumo, por la parte que necesita de los resultados de la labor de otros. ||

Existen ciertas actividades económicas, aun de la clase ínfima, que no pueden sostenerse como no sea en poblaciones grandes. Un mozo de cuerda, por ejemplo, no podrá encontrar medios de vida ni empleo sino en ellas. La aldea constituye para él un campo muy limitado, y aun una población, provista de un mercado corriente, es insuficiente para proporcionarle una ocupación constante. En los caseríos y pequeñas aldeas diseminadas en regiones desérticas, como ocurre en las tierras altas de Escocia, el campesino es el carnicero, panadero y cervecero de la familia. En tales circunstancias apenas si lograremos encontrar un herrero, un carpintero o un albañil a menos de veinte millas de distancia de otro de su misma profesión. Las familias que viven diseminadas a ocho o diez millas de distancia unas de otras, aprenden a producir un gran número de cosas para las cuales reclamarían el concurso de dichos artesanos en lugares más poblados. Éstos, en el campo, se ven obligados, la mayor parte de las veces, a aplicarse en todos aquellos ramos del oficio que sean más afines, en lugar de dedicarse a una sola actividad. Un carpintero rural trabaja todo el ramo de la madera, y un herrero, en esas circunstancias, cuantas obras se hacen de hierro. El primero no sólo es carpintero, sino ebanista, ensamblador, tallista, carretero, fabricante de arados, carruajes y ruedas, etc. Los oficios del segundo alcanzan mayor variedad. Es imposible que en lugares tan apartados como el centro de las tierras altas de Escocia florezca el fabricante de clavos. Un artesano que hiciese mil al día, completaría trescientos mil al año, en trescientas jornadas; pero en tales condiciones, apenas podría disponer anualmente de mil, que son el producto de una jornada. ||

Las vías fluviales abren a las distintas clases de actividades económicas mercados más amplios que el transporte terrestre, y ello nos explica por qué, a lo largo de las costas marítimas y riberas de los ríos navegables, las promociones de cualquier género comienzan a subdividirse y perfeccionarse; pero muchas veces acontece que ha de pasar bastante tiempo hasta que esos progresos se extiendan al interior del país. Un carro de grandes ruedas servido por dos hombres y tirado por ocho caballos trae y lleva en unas seis semanas, aproximadamente, casi cuatro toneladas de mercancía entre Londres y Edimburgo. Pero una embarcación con seis u ocho tripulantes y que trafique entre Londres y Leith, transporta casi en el mismo tiempo doscientas toneladas entre los dos puertos. En consecuencia, seis u ocho hombres, utilizando el transporte marítimo, transportan en ese lapso de tiempo idéntica cantidad de mercancía entre Londres y Edimburgo que cincuenta carretones servidos por cien hombres y tirados por cuatrocientos caballos.¹ En el primer caso, sobre las doscientas toneladas de mercancía, transportadas por tierra, al porte más barato, entre Londres y Edimburgo, habría que cargar la manutención de cien hombres durante tres semanas y la amortización de cuatrocientos caballos y de los cincuenta carretones. En cambio, sobre la misma cantidad de mercaderías, conducidas por agua, habría que añadir únicamente la manutención de seis u ocho hombres y la amortización de un navío de doscientas toneladas de carga, amén del valor superior del riesgo, o la diferencia que existe entre el seguro marítimo y el terrestre. Si entre ambas plazas no hubiera más comunicación que la terrestre, sólo se podría acarrear entre una y otra aquellas mercancías cuyo precio es muy grande en proporción al peso. No existiría entre ambas plazas más que una pequeña parte del comercio que hoy existe y, por consiguiente, prosperaría menos el tráfico que hoy enriquece recíprocamente sus industrias. Entre las partes remotas del mundo no existiría el comercio, o éste sería muy pequeño. ¿Qué mercaderías podrían soportar el porte terrestre entre Londres y Calcuta?² Y aun cuando hubiese artículos tan preciosos que pudieran soportar esos gastos ¿cuál sería la seguridad del transporte a través de los territorios de naciones tan bárbaras? Sin embargo, estas dos ciudades mantienen en la actualidad un comercio muy activo, y procurándose mutuos mercados, fomentan de una manera extraordinaria las economías respectivas. ||

¹ La superioridad del transporte por mar no es aquí tan considerable como en *Lectures*, p. 172, pero aun así está probablemente exagerada. W. Playfair, ed. de *Wealth of Nations*, 1805, vol. 1, p. 29 dice que un carro del tipo descrito podría transportar ocho toneladas, pero efectivamente convendría otorgar un cierto margen, como consecuencia de treinta años de mejoras en las carreteras.

² Playfair, *op cit.*, p. 30, dice que promediando los viajes de ida y vuelta, desde Londres hasta Calcuta, las mercaderías se transportaban por mar al mismo precio (12s por doble quintal), o sea la tarifa que se cobraba para el transporte por tierra desde Londres hasta Leeds.

El transporte por vías navegables ensancha el ámbito del mercado,

y, así, los primeros progresos se registran en la navegación costera o en los ríos navegables,

Siendo éstas las ventajas del transporte acuático, es cosa natural que los progresos del arte y de la industria se fomentasen donde tales facilidades convirtieron al mundo en un mercado para toda clase de productos del trabajo; en cambio tales progresos tardaron mucho en extenderse por las regiones interiores del país. Estas zonas del interior no dispusieron, durante largo tiempo, de otro mercado para la mayor parte de sus productos, sino la comarca circundante, separada de las costas y riberas de los grandes ríos navegables. Por consiguiente, la extensión de su mercado fue en mucho tiempo proporcionada a la riqueza y población del respectivo territorio y, en consecuencia, su adelanto muy posterior al progreso general del país. En las colonias inglesas de América del Norte las plantaciones se extendieron preferentemente a lo largo de las costas o de las riberas de los ríos navegables, y raras veces penetraron a considerable distancia de ambas. ||

Las naciones que fueron civilizadas en primer lugar, de acuerdo con los más auténticos testimonios de la historia, fueron aquellas que moraban sobre las costas del Mediterráneo. Este mar, el mayor de los mares interiores conocidos en el mundo, desconoce la fuerza de las mareas y, por eso, las olas se deben únicamente a la acción del viento.³ Por la calma reinante en la superficie, así como por la multitud de islas y la proximidad de sus playas ese mar fue extraordinariamente favorable a la infancia de la navegación, cuando, por la ignorancia de la brújula, los navegantes temían perder de vista las costas y, debido a las deficiencias en el arte de construir barcos, no se arriesgaban a abandonarse a las olas del proceloso océano. Pasar las columnas de Hércules, o sea trasponer el estrecho de Gibraltar, se consideraba en el mundo antiguo la empresa de navegación más admirable y arriesgada. Hubo de pasar mucho tiempo antes de que lo intentaran fenicios y cartagineses, los más esforzados navegantes y constructores de la época; pero éstos fueron durante un período muy largo las únicas naciones que lo intentaron.

Parece que fue Egipto, de todos los países que se extendían por la cuenca del Mediterráneo, el primero en cultivar y fomentar en alto grado la agricultura y las manufacturas. El Egipto superior no se aparta mucho, en parte alguna, de las riberas del Nilo, y en el Egipto inferior se parte el río en diferentes canales⁴ que, ayudados con ciertas obras de ingeniería, parecen haber proporcionado una buena comunicación, no sólo a las grandes ciudades, sino a un número considerable de aldeas y caseríos diseminados en la región, parejamente a como lo hacen ahora, en Holanda, el Mosa y el Rhin. Es muy probable que la extensión y las facilidades de esta navegación se convirtieran en una de las principales causas del temprano progreso de Egipto. |

³ Ello revela una curiosa creencia en la capacidad de las mareas para producir olas.

⁴ Sólo en tiempos recientes se ha venido a aplicar esta palabra a los canales artificiales. Cf. Murray, *Oxford English Dictionary*, voz *canal*.

Los adelantos de la agricultura y de las manufacturas parecen haber alcanzado también una gran antigüedad en las provincias de Bengala, en la India Oriental, así como en otras situadas al este de la China, si bien los antecedentes de esta antigüedad no se consignan en historia alguna lo suficientemente auténtica de nuestras latitudes. En Bengala, el Ganges y otros muchos ríos caudalosos se reparten en un gran número de canales navegables, como ocurre con el Nilo en Egipto. En las provincias orientales de China forman también varios brazos, algunos grandes ríos y, al intercomunicarse, fomentan una navegación interior mucho más densa que la del Nilo o la del Ganges, y quizá mayor que la de ambos unidos. Es de advertir que ni los antiguos egipcios, ni los indios, ni los chinos, estimularon el comercio exterior, sino más bien parece que derivaron su gran opulencia de la navegación interior. ||

Todas las tierras interiores de África y todas aquellas de Asia, que se extienden hacia el norte del Mar Negro (Ponto Euxino) y del Mar Caspio, la antigua Scythia, la moderna Tartaria y Siberia, parece que estuvieron en todas las edades del mundo sumidas en la misma barbarie y ausencia de civilización en que hoy las encontramos. El mar de Tartaria es el Océano glacial o helado, cerrado a la navegación, y aunque algunos de los ríos más caudalosos del mundo corren por esos parajes,⁵ se hallan muy distanciados unos de otros para facilitar el comercio y las comunicaciones en la mayor parte de esas dilatadas comarcas. En África no hay mares interiores, como el Báltico o el Adriático en Europa, el Mediterráneo y el Mar Negro, en este continente y en Asia, como tampoco golfos parecidos a los de Arabia, Persia, India, Bengala, y Siam en Asia, para llevar el comercio al interior del continente. Los grandes ríos de África se encuentran tan distantes unos de otros, que no hacen posible una navegación interna considerable. Aparte de esto, el comercio que puede hacer una nación utilizando un río que no se subdivide en varias ramas o brazos, y que, además, pasa por otro territorio, antes de desembocar en el mar, nunca puede ser muy importante, porque siempre se ofrecerá a las naciones que poseen la otra parte del territorio la posibilidad de obstruir la comunicación entre el mar y el país de la cabecera del río. Esto nos explica por qué la navegación del Danubio aprovecha muy poco a los Estados de Baviera, Austria y Hungría, en comparación a lo que pasaría si cualquiera de ellos poseyese toda la cuenca, hasta que ese río vierte en el mar Negro.⁶ ||

Bengala y China,

entretanto África, Tartaria y Siberia, y también Baviera, Austria y Hungría quedan rezagadas.

⁵ La verdadera dificultad estriba en que los estuarios de los ríos se abren en el Océano Ártico, así que están separados. Uno de los objetivos del ferrocarril transiberiano es enlazarlos.

⁶ El pasaje correspondiente a este capítulo se comprende en un párrafo de *Lectures*, p. 172.

por ejemplo, en la antigüedad, en las costas del Mediterráneo.

Los primeros progresos tuvieron lugar en Egipto,

CAPÍTULO IV

DEL ORIGEN Y USO DE LA MONEDA

Una vez implantada la división del trabajo, el hombre vive en régimen de intercambio.

Las dificultades del trueque inducen a adoptar un bien económico como dinero,

TAN PRONTO como se hubo establecido la división del trabajo sólo una pequeña parte de las necesidades de cada hombre se pudo satisfacer con el producto de su propia labor. El hombre subviene a la mayor parte de sus necesidades cambiando el remanente del producto de su esfuerzo, en exceso de lo que consume, por otras porciones del producto ajeno, que él necesita. El hombre vive así, gracias al cambio, convirtiéndose, en cierto modo, en mercader, y la sociedad misma prospera hasta ser lo que realmente es, una sociedad comercial.¹

Cuando comenzó a practicarse la división del trabajo, la capacidad de cambio se vio con frecuencia cohibida y entorpecida en sus operaciones. Es de suponer que un hombre tuviera de una mercancía más de lo que necesitaba, en tanto otro disponía de menos. El primero, en consecuencia, estaría dispuesto a desprenderse del sobrante, y el segundo, a adquirir una parte de este exceso. Mas si acontecía que este último no contaba con nada de lo que el primero había menester, el cambio entre ellos no podía tener lugar. El carnicero tiene más carne en su establecimiento de la que consume, y el cervecero y el panadero gustosamente comprarían una parte de ese excedente. Sin embargo, nada pueden ofrecer en cambio, como no sea el remanente de sus producciones respectivas, y puede ocurrir que el carnicero disponga de cuanto pan y cerveza inmediatamente necesita. En estas condiciones es imposible que el cambio se efectúe entre ellos. Uno no puede ser mercader, ni los otros clientes, con lo cual todos pierden la posibilidad de beneficiarse con sus recíprocos servicios. A fin de evitar inconvenientes de esta naturaleza, todo hombre razonable, en cualquier período de la sociedad, después de establecida la división del trabajo, procuró manejar sus negocios de tal forma que en todo tiempo pudiera disponer, además de los productos de su actividad peculiar, de una cierta cantidad de cualquier otra mercancía, que a su juicio escasas personas serían capaces de rechazar a cambio de los productos de su respectivo esfuerzo.¹

Es muy probable que para este fin se seleccionasen y eligieran, de

¹ El párrafo presenta una estrecha semejanza con Harris, *Money and Coins*, pt. I, §§ 19, 20.

una manera sucesiva, muchas cosas diferentes. En las edades primitivas de la sociedad se dice que el ganado fue el instrumento común del comercio y, a pesar de ser extraordinariamente incómodo para esos fines, hallamos con frecuencia valuadas las cosas, en aquellos tiempos remotos, por el número de cabezas que por ellas se entregaban en cambio. La armadura de Diomedes, al decir de Homero, únicamente costó nueve bueyes, pero la de Glauco importó ciento.² En Abisinia³ se asegura que la sal es el instrumento común de cambio y de comercio; en algunas costas de la India se utiliza cierto género de conchas; el pescado seco, en Nueva Zelanda; el tabaco, en Virginia;⁴ el azúcar, en algunas colonias de las Indias Occidentales; los cueros y las pieles, en otros países, y aun en Escocia existe actualmente un lugar donde, según nos informan, es cosa corriente que un artesano lleve clavos, en lugar de monedas, a la panadería o a la taberna.⁵

Sin embargo, en todos los países resolvieron los hombres, por diversas razones incontrovertibles, dar preferencia para este uso a los metales, sobre todas las demás mercaderías.⁶ Estos no sólo se conservan con menos pérdida que cualquier otro artículo, pues contadas cosas son menos percederas, sino que, además, se pueden dividir sin menoscabo en las partes que se quiera, o fundir de nuevo en una sola masa, cualidad que no poseen otras mercancías igualmente durables. Es precisamente esta propiedad la que los convierte en instrumentos aptos para la circulación y el comercio. El hombre que necesita comprar sal, pongamos por caso, y no tiene otra cosa para dar en cambio sino ganado, se ve obligado a adquirir la cantidad equivalente a un buey, o a una oveja, y a retirar de una vez toda la sal. Difícilmente podrá comprar una menor proporción, porque lo que ha de dar en cambio no se puede dividir, como no sea con pérdida. Y si fuese mayor la cantidad apetecida, se vería obligado a

por ejemplo, cabezas de ganado, sal, conchas, bacalao, tabaco, azúcar, cueros y clavos.

En ocasiones se dio preferencia a los metales, por ser duraderos y divisibles.

² *Iliad*, vi, 236: cit. con el mismo propósito en Plinio, *Hist. Nat.* lib. xxxiii, cap. 1; Pufendorf, *De jure naturae et gentium*, lib. v, cap. v, § 1; Martin-Leake, *Historical Account of English Money*, 2ª ed., 1745, p. 4, *passim*.

³ Montesquieu, *Esprit des lois*, liv. xxii, cap. 1, nota.

⁴ W. Douglass, *A Summary Historical and Political of the First Planting, Progressive Improvements and Presents State of the British Settlements in North America*, 1760, vol. II, p. 364. Ciertas tasas de funcionarios judiciales en Washington se computaban todavía en tabaco en 1888. J. J. Lalor, *Cyclopaedia of Political Science*, 1888, voz *Money*, p. 879.

⁵ Playfair, ed. de *Wealth of Nations*, 1805, vol. I, p. 36, afirma que la explicación consiste en lo siguiente: los agentes suministran materiales a los operarios que confeccionan clavos, y durahte el tiempo de la producción les proveen con pan, queso y candelas, que pagan con clavos cuando rematan su tarea. Se omite, al principio del párrafo *supra*, el hecho de que los clavos son de metal.

⁶ Para las teorías anteriores relativas a estas razones cf. Grotius, *De jure belli et pacis*, lib. II, cap. XII, 17; Pufendorf, *De jure naturae et gentium*, lib. v, cap. I, § 18; Locke, *Some Considerations*, 2ª ed., 1696, p. 31; Law, *Money and Trade*, 1705, cap. I; Hutcheson, *System of Moral Philosophy*, 1755, vol. II, pp. 55, 56; Montesquieu, *Esprit des lois*, lib. xxii, cap. II, Cantillon, *Ensayo sobre la naturaleza del comercio en general*, ed. del Fondo de Cultural Económica, México, 1950, pp. 153, 355-357; Harris, *Money and Coins*, pt. I, §§ 22-27, y *Lectures*, pp. 182-185.

comprarla duplicando o triplicando la contraprestación, hasta el valor de dos o tres bueyes, o de dos o tres ovejas. Por el contrario, si en lugar de poseer bueyes u ovejas dispone de metal para dar en cambio, fácilmente puede proporcionar la cantidad de éste, que se ve obligado a ceder, a la cantidad de mercancía que de una manera precisa necesita. ||

Hierro, cobre, oro y plata, Diferentes clases de metales se han usado para estos cometidos en varias naciones. El hierro fue instrumento común de comercio entre los antiguos espartanos; el cobre entre los romanos primitivos, y el oro y la plata entre todas las naciones ricas y comerciantes.

se usaron inicialmente en barras, sin contraste; Parece ser que, en un principio, se utilizaron estos metales en barras toscas, sin cuño ni sello. Plinio⁷ refiere, apoyándose en la autoridad de un historiador antiguo, Timeo, que hasta la época de Servio Tulio no tuvieron los romanos moneda acuñada, sirviéndose de barras de cobre sin marca, para comprar cuanto necesitaban. Estas barras groseras hacían, pues, en aquellos tiempos, las funciones de moneda. ||

después, con él, para indicar la cantidad y el grado de pureza; El uso de metales, en esta forma rudimentaria, tropezaba con dos inconvenientes muy grandes; primero, la incomodidad de pesarlos, y segundo, la de contrastarlos. En los metales preciosos, una pequeña diferencia en la cantidad se traduce en una gran discrepancia de valor, por lo que la tarea de pesarlos con la máxima exactitud requiere, cuando menos, pesas y balanzas muy ajustadas. En particular, el peso del oro es una operación delicadísima. En los metales más bastos, donde un pequeño yerro carece de importancia, se requiere, sin duda alguna, menos precisión. Pero no por eso sería menos embarazoso que cuando un pobre hombre tuviese necesidad de comprar o vender una cosa por valor de un cuartillo de penique se viese en la precisión de pesarlos. La operación de contraste es más difícil y embarazosa todavía, y aun resulta incierta siempre cualquier comprobación, como no se deshaga alguna parte del metal en el crisol con disolventes adecuados. || Antes, pues, de que se estableciera la moneda acuñada, el pueblo siempre estaba expuesto a los fraudes y engaños más groseros, a no ser que recurriese a aquellas prolijas y difíciles operaciones, ya que, en lugar de una libra de pura plata o cobre, podía recibir, en cambio de sus bienes, una masa adulterada de los materiales más bajos y baratos, aunque tuvieran la apariencia de los codiciados metales. || Para evitar estos abusos, facilitar los cambios y fomentar por este procedimiento el comercio y la industria, en todas sus manifestaciones, se consideró necesario, en cuantos países adelantaron algo en el camino del progreso, colocar un sello público sobre cantidades determinadas de aquellos metales que acostumbraban a usar esas naciones para comprar todo género de mercancías. Tal es el origen de la moneda acuñada y de aquellos establecimientos pú-

⁷ Plin., *Hist. Nat.*, lib. 33, cap. 3. "Servius rex primus signavit aes. Antea rudi usus Romae Timaeus tradit." La ed. primera dice: "testimonio de un cierto Remeus autor antiguo", siendo Remeus la lectura de la edición de Plinio en la biblioteca de Smith, cf. Bonar, *Catalogue of the Library of Adam Smith*, 1894, p. 87.

blicos llamados "Casas de Moneda",⁸ instituciones que guardan un gran parecido con las oficinas (Lonjas) que inspeccionan y sellan los tejidos de lana y lino.⁹ Todos ellos se proponen, por igual, atestiguar, por medio de un sello oficial, la cantidad y calidad uniforme de esas diferentes clases de mercancías cuando llegan al mercado. ||

Los primeros sellos públicos de esta clase, que se estamparon en los metales corrientes, tuvieron como finalidad asegurar, en la mayor parte de los casos, lo que es más difícil e importante de probar, o sea la finura y buena calidad del metal, y fueron parecidos a la marca esterlina, que se pone en Inglaterra en los objetos y barras de plata, y al sello, que se estampa en España sobre los lingotes de oro, en uno de los costados de la pieza, que sólo asegura la finura y calidad del metal, pero no su peso. Abraham pesó a Ephrón los cuatrocientos siclos de plata que se comprometió a pagar por el campo de Macpela.¹⁰ Aunque esta moneda se decía era corriente en el mercado, aceptábase por peso y no por cuenta, del mismo modo que al presente se hace con las barras de oro o de plata marcadas. Las rentas de los antiguos reyes anglosajones es fama que se pagaban, no en moneda, sino en especie, es decir, en vituallas y provisiones de todo género. Fue Guillermo el Conquistador quien introdujo la costumbre del pago en dinero,¹¹ pero durante mucho tiempo, este dinero no se recibió en el tesoro por cuenta, sino al peso.¹² ||

Las dificultades e inconvenientes de pesar con exactitud dichos metales dieron origen a la técnica de la acuñación. Las improntas, que cubrían ambos lados de la pieza y, a veces, los bordes, se proponían atestiguar no sólo la finura sino el peso del metal. Por dicha razón esos cuños se reciben actualmente por cuenta, sin tomarse la molestia de pesarlos. ||

Los nombres que se pusieron a estos cuños parecen expresar, en su origen, el peso o cantidad de metal de cada pieza. En la época de

⁸ Aristóteles, *Política*, 1257a, 38-41; cit. por Pufendorf, *De jure naturae et gentium*, lib. v, cap. 1, § 12.

⁹ El fiel contraste medía el paño de lana en Inglaterra de acuerdo con 25 Ed. III, st. 4, c. 1. Cf. John Smith, *Chronicon Rusticum Commerciale or Memoirs of Wool*, 1747, vol. 1, p. 37. Los funcionarios del timbre o marca de los paños de lino en los distritos lineros de Escocia fueron nombrados de acuerdo con 10, Anna, c. 21, para evitar "diversos abusos y fraudes... practicados durante los últimos años en las manufacturas de paños de lino, con respecto a la longitud, anchura y desigual calidad del estambre, que originan gran devaluación y menosprecio del mencionado paño de lino, lo mismo en el país que en el extranjero". *Statutes of the Realm*, vol. ix, p. 682.

¹⁰ Génesis, xxiii, 16.

¹¹ "El rey Guillermo I, para el pago más conveniente de sus guerreros, hizo que los firmes, que hasta su época se habían cubierto casi siempre mediante vituallas, fuesen convertidos in pecuniam numeratam." Lowndes, *Report containing an Essay for the Amendment of the Silver Coins*, 1695, p. 4. Hume, a quien frecuentemente sigue Smith, no llega a una afirmación tan absurda, *History*, ed. de 1773, vol. 1, pp. 225, 226.

¹² Lowndes, *Essay*, p. 4.

primera- mente la marca indicó tan sólo el grado de pureza,

la acuñación vino más tarde, para indicar el peso.

Originaria- mente los cuños fueron denominados por razón del peso.

Servio Tulio, que fue el primero que acuñó, en Roma,¹³ el *as romano* o *pondus* contenía una libra romana de buen cobre. Se dividía, de la misma manera que nuestra libra llamada *troy*, en doce onzas, cada una de las cuales contenía una onza de cobre de buena calidad. La libra esterlina inglesa, en tiempos de Eduardo I, contenía una libra (peso de la Torre), de plata, de determinada ley. La libra peso de la Torre parece haber sido algo más que la romana y menos que la *troy*. Esta última no se introdujo en la circulación inglesa hasta el año 18 del reinado de Enrique VIII. La libra francesa contenía en la época de Carlo Magno una libra *troy* de reconocida finura. La feria de Troyes, en Champaña, era frecuentada en aquel tiempo por mercaderes de todas las naciones de Europa, y por eso fueron generalmente estimados y conocidos los pesos y medidas de un mercado tan famoso. La llamada libra escocesa, desde la época de Alejandro I hasta la de Roberto Bruce, contenía una libra de plata del mismo peso y finura que la libra esterlina inglesa. Los peniques ingleses, franceses y escoceses contuvieron, también en su origen, el peso efectivo de un penique de plata, que es la vigésima parte de una onza y la doscientoscurentava parte de una libra. El chelín también parece que fue en sus comienzos una denominación ponderal. Cuando el trigo esté a doce chelines el "cuarterón", dice una antigua disposición de Enrique III, el pan vendido por un cuartillo de chelín pesará once chelines y cuatro peniques.¹⁴ No obstante, la proporción entre el chelín y el penique, y entre el chelín y la libra, no parece haber sido tan constante y uniforme como entre el penique y la libra. Durante la primera dinastía de los Reyes de Francia, el sueldo o chelín francés tuvo en diferentes ocasiones cinco, doce, veinte y cuarenta peniques.¹⁵ Entre los antiguos sajones el chelín parece haber contenido únicamente cinco peniques en determinada época,¹⁶ y no es del todo improbable que variase tanto entre ellos como entre los franceses. Desde tiempos de Carlo Magno, entre los franceses,¹⁷ y desde Guillermo el Conquistador, entre los ingleses,¹⁸

¹³ Cf. *supra*, p. 26.

¹⁴ La sís de pan y cerveza, 51 Hen. III, contiene una detallada escala que se inicia así: "Cuando un cuartal de trigo se vende por XII d, la pieza de pan de un ochavo debe pesar VI £ y XVI s" y a continuación transcribe las cifras del párrafo *supra*. El Estatuto se cita de segunda mano, según Martín Folkes, *Table of English Silver Coins*, con el mismo objeto, por Harris, *Essay upon Money and Coins*, pt. I, § 29, pero Harris no llega, en la escala, hasta el punto de tomar el penique como medida. En cuanto a esta escala, cf. *infra*, pp. 173, 176, 177.

¹⁵ Garnier, *Recherches sur la nature et les causes de la richesse des nations*, par Adam Smith, 1802, tom. v, p. 55, dice, en una nota a este pasaje, que el sueldo (*sou*) equivalía siempre a doce dineros (*deniers*).

¹⁶ Hume, *History of England*, ed. de 1773, I, p. 226. Fleetwood, *Chronicon preciosum*, 1707, p. 30. Según estas autoridades había 48 chelines en la libra, es decir que esta última equivalía a 240 peniques.

¹⁷ Harris, *Money and Coins*, pt. I, 29.

¹⁸ "Existe la creencia de que, poco después de la Conquista, una libra esterlina estaba dividida en veinte chelines." Hume, *History of England*, ed. de 1773, vol. I, p. 227.

la proporción entre la libra, el chelín y el penique parece haber sido con cierta uniformidad la misma que guardan actualmente, aun cuando el valor de cada una de estas monedas haya variado mucho. A mi modo de ver, en todos los países del mundo la avaricia e injusticia de los príncipes y Estados soberanos abusaron de la confianza de los súbditos, disminuyendo grandemente la cantidad real del metal que originariamente deberían contener las monedas.

El *as romano*, en los últimos períodos de la República, se redujo a la veinticuatroava parte de su valor original y, en lugar de pesar una libra, sólo pesaba la mitad de una onza.¹⁹ La libra inglesa y el penique contienen actualmente una tercera parte; la libra y el penique escocés como una trigésima sexta, y la libra y el penique francés sólo una sexagésima sexta parte de su antiguo valor.²⁰ Por medio de estas operaciones, los Príncipes y Soberanos que la acuñaban se hallaron en condiciones, por lo menos en apariencia, de pagar sus deudas y cumplir sus obligaciones con una cantidad menor de plata de la que en otro caso hubieran necesitado. Mas fue solamente en apariencia, porque, en realidad, los acreedores se vieron defraudados en gran parte de lo que se les debía. A todos los demás deudores en el Estado se les otorgó el mismo privilegio, y pudieron pagar con la misma suma nominal de la nueva moneda depreciada lo que habían tomado prestado en la antigua. Por lo tanto, estas operaciones favorecieron siempre a los deudores, pero fueron ruinosas para los acreedores, y a veces han ocasionado revoluciones más grandes y universales en las fortunas de las personas privadas que las provocadas por una gran calamidad pública.²¹

Es así como la moneda se convirtió en instrumento universal de comercio en todas las naciones civilizadas, y por su mediación se compran, venden y permutan toda clase de bienes.²²

Ahora vamos a examinar cuáles son las reglas que observan generalmente los hombres en la permuta de unos bienes por otros, o cuando los cambian en moneda. Estas reglas determinan lo que pudiéramos llamar el valor relativo o de cambio de los bienes. //

¹⁹ Plin., *Hist. Nat.* lib. XXXIII, cap. III; cf. *infra*, pp. 828-829.

²⁰ Harris, *Money and Coins*, p. I, § 30, nota, da a la libra francesa, poco más o menos, una séptima parte de su valor original.

²¹ El tema de las acuñaciones debasadas y depreciadas aparece de nuevo *infra*, pp. 36, 187, 489-494, 827-830. También *infra*, pp. 166, 167, se aduce una de las razones por las cuales el oro y la plata llegaron a ser las formas más usuales de dinero. Cf. en el Índice alfabético, *Acuñaición y dinero*.

²² En *Lectures*, pp. 182-190, donde se encontrará buena parte de este capítulo, el dinero se considera "primeramente como medida del valor, y luego como medio de permuta o cambio". Se afirma que el dinero tuvo su origen en la circunstancia de que los hombres recurren a una mercadería para comparar con ella el valor de todas las demás. En cuanto fue elegida esa mercadería, quedó convertida en medio de cambio. En el presente capítulo, el dinero se usa en un principio como medio de cambio, pero no se menciona su uso como medida de valor. En el capítulo siguiente se explica que comúnmente se usa como medida de valor porque se utiliza como instrumento de comercio o medio de cambio.

Procede examinar ahora las reglas que determinan el valor en cambio.